

Treinta y Nueve Metros. El Pozo y un descenso que solo pudo ser novela

Por Ernesto Espeche

Es poco frecuente que los autores escriban sobre sus obras. Admito que, además, me resulta de mal gusto. De hecho, suele ser motivo de pleito: la explicación y la literatura no se llevan bien. Por ello, y por varias razones más, sólo me detendré en lo que no pudo ser. Lo que creo que sí es -una novela sobre la memoria- ya hace su propio camino entre sus lectoras y lectores.

Treinta y Nueve Metros es la profundidad del Pozo de Vargas. Los Vargas eran los dueños de la finca que le dio nombre al Pozo y, como se podrá deducir, colaboraron con el terrorismo de Estado. El Pozo, ubicado en las afueras de San Miguel de Tucumán, fue un sitio de enterramiento clandestino durante la última dictadura cívico militar. En ese lugar, los peritos del Colectivo de Arqueológico Memoria e Identidad de Tucumán (CAMIT) junto al Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) identificaron los restos de más de un centenar de personas detenidas desaparecidas en los años del régimen. Entre los cuerpos hallados estaba el de Carlos Espeche, mi papá. Con esas palabras, o casi, Dario Olmo -uno de los peritos- me dijo lo que vino a decirme con la excusa de tomar un café en una de sus tantas visitas a Mendoza. Dije "casi" porque el resto de los detalles los perdí en medio de la conmoción.

Diciembre, era el comienzo del verano de un 2014 que ya casi era historia. Viajé a Tucumán sin más datos que los que se conjugaban a partir de tres palabras: Papá, Tucumán, Pozo. Llegamos. Me paré frente a un cráter oscuro y circular. Me trepé a un ascensor desvencijado. Bajé.

...

Durante los meses que siguieron intenté sin éxito dar testimonio de lo que pasó en aquel descenso que apenas duró cinco minutos. Escribí y mandé a la papelería decenas de intentos. La necesidad de producir un registro y la imposibilidad de encontrar palabras se entreveraron en una riña despiadada. Un viaje hacia abajo, pensé, es una excursión incómoda. Hundirse. Sumergirse. Caer en un abismo. Tocar fondo.

La novela nació de un vacío en el lenguaje para dar cuenta de esos otros vacíos con los que me tuteo desde niño. ¿Cómo contarlos? Contar lo innombrable no es menester de las crónicas o los ensayos. La literatura, como toda manifestación artística, se nos ofrece como salida de emergencia cuando se agotan los recursos de la racionalidad lineal. Entonces, el Pozo son todas las formas de pozo. El tiempo real se diluye tras una bruma que confunde al ayer con el hoy. Lo que fue y lo que pudo ser intercambian camisetas. El Yo se expande para darle voz a muchos Los que se reafirman y se contradicen. Los vivos y los muertos cohabitan un mismo territorio. Lo extraño se vuelve cotidiano. La memoria deja de ser mero recuerdo, se despoja de sus primas -la nostalgia y la melancolía- para deshilacharse en retazos incompletos, desordenados, caóticos.

¿Cómo narrar un reencuentro imposible? Imposible, sí. Un hijo que no pudo ejercer como hijo que se embarca en los mares de la literatura para, sólo así, lograr vencer a

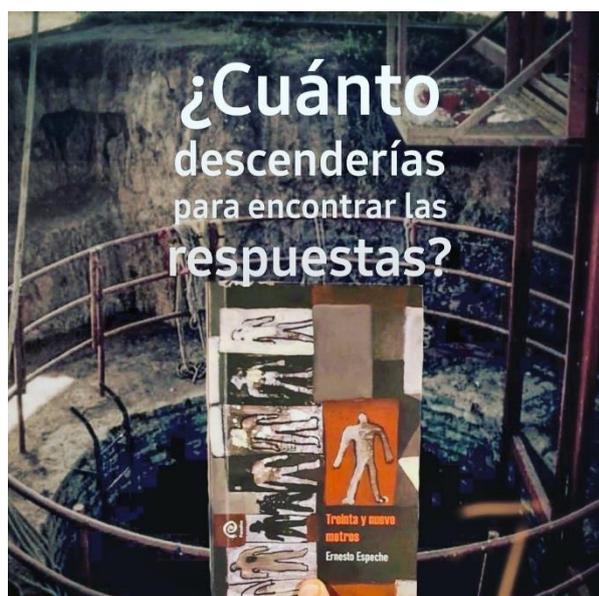
la lógica de hierro de los perpetradores. Puede verse como una victoria pírrica, es cierto. La pulsión por quedarse allí abajo, allí en el fondo, allí en el destino final, es una posibilidad redentora, liberadora.

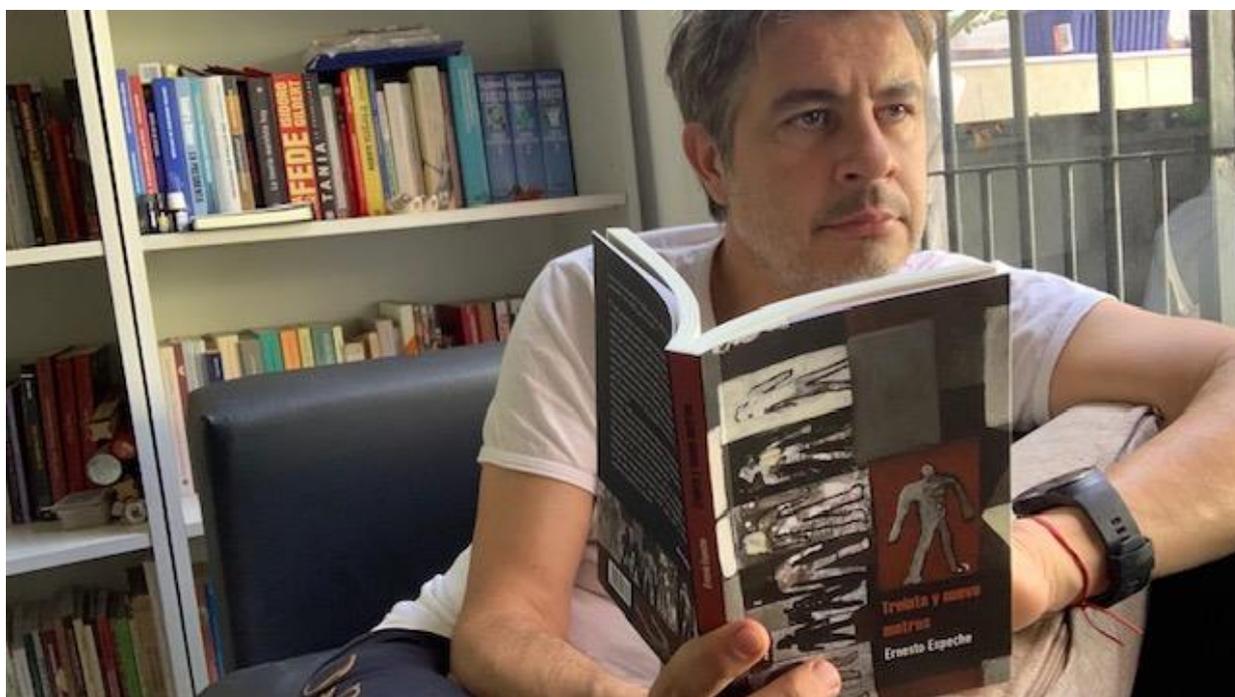
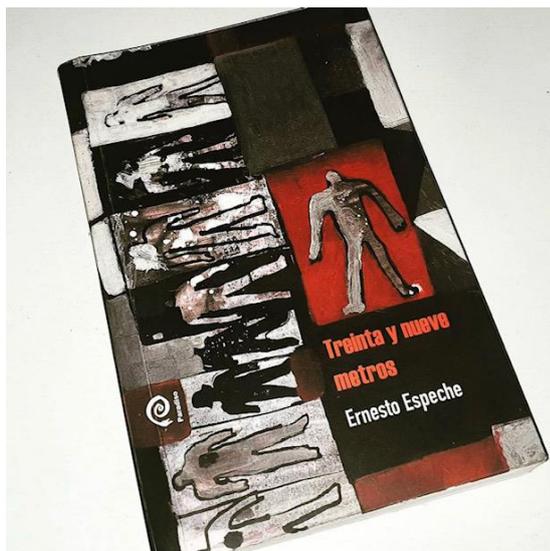
¿Es un texto incómodo? Ojalá así sea. La memoria es, en esencia, punzante. Pero entonces... ¿Quién quisiera leer una novela incómoda? ¿La abandonarían al notar que no hay en sus páginas ninguna intencionalidad analgésica? ¿Quién acepta sin titubeos una invitación a bajar por un pozo negro hasta las profundidades de un horror desgarrador? ¿Notarán, sin embargo, que sus trazos no descansan en un drama lacrimógeno y autocompasivo, que se desplazan sin pasaporte por el humor corrosivo, el monólogo interno, el divague inconducente, la retórica revolucionaria y el erotismo vedado?

No tengo respuestas a esas preguntas de autor. Nunca se tienen. Tampoco las espero.

La socióloga y escritora María Pía López comentará que el protagonista se mueve a lo Rulfo, caminado territorios de voces que no se conjugan. El periodista Fabian Galdi titulará que se trata de una novela sobre el horror, pero también la esperanza. Victor Ego Ducrot lo leerá como una obra de infiernos, memorias y cierta felicidad. Patricia Slukich nos hablará de un descenso iluminado hacia la memoria. Mario Wainfeld arriesgará que es un libro imprescindible para dimensionar la oscuridad de la última dictadura y sus marcas presentes. Mi amigo y lector de oficio Julio Rudman dirá que es un libro de viajes, una novela testimonial, para luego reiterar que no se deja engrupir por los encasillamientos del canon. Yo, como quien mira a través de una ventana empañada, sólo elijo creerles.

Ernesto Espeche es periodista, escritor, docente universitario y militante del movimiento de derechos humanos. Lic en Comunicación Social y Dr. en Comunicación. Es autor de "El mito de los dos demonios" (EDIUNC, 2018) y "Apuntes para la batalla cultural" (Bitácora, 2016). Fue director de Radio Nacional Mendoza (2010 - 2015). Desde 2017 es concejal por el Frente de Todos en Capital Mendoza.





Para Ernesto: Las golondrinas, Liliana Herrero
<https://www.youtube.com/watch?v=7r8gvHSqI2U>